
RESEÑAS DE LIBROS / BOOK REVIEWS

JUAN ALBERTO CEDILLO: *Los nazis en México*. México: Editorial Debate, 2007.

México fue objeto de particular interés para Alemania durante la Primera Guerra Mundial. De hecho, en la primavera de 1917 el conocido “telegrama Zimmermann” fue la excusa que sirvió al gobierno norteamericano para justificar su ingreso a la contienda. Nada indicaría que aquel interés desapareció cuando el estallido de la Segunda Guerra, sobre todo tomando en cuenta que el petróleo mexicano tuvo en la Alemania de Hitler su principal mercado consumidor, una vez que, a consecuencia de la nacionalización de 1938, norteamericanos e ingleses declararon un boicot a las compras de hidrocarburos mexicanos.

En la historia de los intereses alemanes en México destaca la vasta obra de Friedrich Katz, y de manera especial su libro *La guerra secreta en México*, en cuyas páginas se estudia en profundidad la presencia y ambiciones del imperialismo alemán en el país antes y durante la Primera Guerra Mundial. Las preocupaciones de Katz en torno a la política exterior alemana se remontan a los años cincuenta del pasado siglo, cuando, desde un horizonte más acotado, incurrió en ciertos aspectos del comportamiento de la Alemania nazi en México y América Latina. En base a documentación alemana, explicó las principales etapas de la política nazi en Latinoamérica, dio cuenta de sus acciones y límites a la luz del desenvolvimiento de la Segunda Guerra Mundial y, sobre todo, examinó las respuestas de Estados Unidos e Inglaterra al avance alemán en Europa. En su largo ensayo, Katz apunta las dificultades que todo historiador enfrenta al trabajar con fuentes de información provenientes de archivos de los servicios secretos. A continuación, y a partir de los documentos entonces disponibles, reflexiona acerca de la producción historiográfica, en torno a las interpretaciones que historiadores y periodistas, sobre todo norteamericanos, dieron a las acciones emprendidas por la Alemania nazi en Estados Unidos pero también en América Latina. Ha trascurrido medio siglo desde la edición alemana de su ensayo y casi cuarenta años desde la primera edición en español; sin embargo, la investigación no ha avanzado mucho más de donde Katz la dejó, al punto que aquel texto constituye una referencia obligada tanto por la información que aporta, como por el horizonte analítico desde donde reconstruye segmentos de la política nazi en América Latina.

En este panorama destaca la reciente publicación de *Los nazis en México*, que el periodista Juan Alberto Cedillo publicó a finales de 2007, obra que fue galardonada con el primer premio Libro de Reportaje que otorga la editorial Random House Mondadori. El contenido de este libro resulta sorprendente por exhibir los niveles de infiltración de los servicios de espionaje nazis en las altas esferas de la política mexicana, sobre todo durante los primeros años de la presidencia de Manuel Ávila Camacho.

A lo largo de seis capítulos se entrecruzan seis historias por donde desfilan espías alemanes y empresarios estadounidenses, junto a militares, diplomáticos y políticos mexicanos de una corrupción tan mayúscula como las supuestas simpatías que profesaban por el Führer. Las asombrosas revelaciones que Cedillo ha puesto en circulación provienen casi en su totalidad de informes de los servicios de inteligencia del gobierno de Estados Unidos, básicamente del FBI y del Departamento de Inteligencia Naval. Es decir, se trata de informes de agentes norteamericanos que registran las actividades en México de agentes de la inteligencia militar alemana, la Abwehr, y de la policía secreta de Hitler, la Gestapo, pero también dando cuenta de la amplia red de contactos y actividades que los espías nazis tenían en los círculos de la política mexicana.

El libro escudriña acciones verdaderamente espectaculares, partiendo del supuesto de que las mismas confirmarían la importancia que tuvo México en la estrategia hitleriana en América Latina. En este sentido, la documentación consultada muestra a México como una importante base de operaciones que perseguía un doble propósito: por un lado, apoderarse del petróleo junto con una buena cantidad de materias primas minerales indispensables para la industria bélica nazi; y por el otro, poner en marcha actos de sabotaje contra el ejército estadounidense. Respecto al primer asunto, sorprende la información en torno a las actividades del empresario petrolero estadounidense Jean Paul Getty y el magnate sueco Axel Wenner-Green, quienes, según la inteligencia norteamericana, trabajaron para el gobierno alemán a los fines de garantizar un permanente flujo de materias primas e hidrocarburos mexicanos, incluso aún después de que Estados Unidos declaró la guerra la Eje.

El autor de *Los nazis en México* afirma que la figura central del espionaje alemán fue la actriz alemana Hilda Krueger, a cuya belleza pocos pudieron resistir. Desde 1941, la alcoba de “la espía más hermosa de la Segunda Guerra Mundial” (p. 41) era con frecuencia visitada por Miguel Alemán, Secretario de Gobernación; Ezequiel Padilla, Secretario de Relaciones Exteriores, y Mario Ramón Beteta, Subsecretario de Hacienda, entre otros funcionarios, políticos y militares cercanos al presidente Ávila Camacho. Según los agentes norteamericanos, Hilda Krueger, a quien también le endilgaron amoríos con el todopoderoso Joseph Göbbels y con el mismo Führer, se convirtió en el centro de una enorme

conspiración nazi en México que involucró a secretarios de Estado, jefes militares y diplomáticos mexicanos, pero también a importantes firmas industriales de Alemania y de Japón, a empresarios cafetaleros de origen alemán avecindados en Chiapas y a pescadores japoneses en Baja California. La penetración del espionaje alemán incluyó, según Cedillo, a la trasnacional sueca Ericsson, que en México, como dueña de la Compañía de Teléfonos, “interceptó todos los aparatos telefónicos de políticos y militares, entregando informes puntuales a los hombres del Führer” (p. 27).

Los resultados de este gran emprendimiento no fueron desdeñables, toda vez que, según se desprende de la documentación que consultó Cedillo, México continuó aprovisionando de petróleo a la industria alemana, a través de operaciones comerciales encubiertas realizadas desde Panamá y las Antillas, en barcos de propiedad del empresario norteamericano Jean Paul Getty. Pero también embarcaciones japonesas e inclusive submarinos alemanes visitaron con frecuencia puertos mexicanos para hacerse de cargamentos de mercurio, zinc, cobre y aluminio, entre otros minerales indispensables para sostener la guerra.

En materia de sabotaje, la operación más espectacular que relata Cedillo es el montaje de uno de los primeros carteles de la droga en México. Alemanes y japoneses, en complicidad con políticos mexicanos, fueron los responsables de articular una red de tráfico de narcóticos con el objetivo de penetrar las bases militares en el sur de los Estados Unidos. Figuras como Maximino Ávila Camacho, Gonzalo N. Santos, Miguel Alemán, Ezequiel Padilla, bajo la jefatura del militar y diplomático mexicano Francisco Javier Aguilar González, aparecen como los responsables de un monumental negocio que tenía el propósito de “debilitar la moral del ejército norteamericano” (p. 48). En esta red de intrigas políticas y de negocios privados habría participado el astro de Hollywood Errol Flynn, quien, a bordo de su yate *Sirocco*, introducía a Estados Unidos heroína embarcada en puertos del Pacífico mexicano.

Dos capítulos del libro aportan datos notables alrededor de asuntos sobre los que ya se tenían referencias. Se trata de las estrategias nazis para influir en la política nacional a través del apoyo y financiamiento de grupos y candidatos opositores. Fue el caso, entre otros, de la rebelión de Saturnino Cedillo en 1939, del apoyo a Maximino Ávila Camacho cuando pretendió competir por la candidatura presidencial, más tarde el apoyo a Juan A. Almazán como candidato opositor en las elecciones de 1940 y, por último, los vínculos entre el nazismo y el movimiento sinarquista durante los primeros años cuarenta.

Los dos capítulos finales asombran por sus revelaciones. En uno se da cuenta de los nexos del empresario radial Emilio Azcárraga con los servicios de información de la Alemania nazi. La XEW, la estación más potente del continente americano, por lo menos hasta 1942, transmitía las noticias de la guerra europea

a partir de boletines de la agencia alemana *Trasocean*, agencia que estaba bajo la directa supervisión de Göbbels (p. 116). El último capítulo se encarga de introducir datos acerca de supuesta complicidad entre los servicios de inteligencia rusos y alemanes en México. El muralista Diego Rivera aparece como “informante” de la embajada norteamericana, que denuncia a funcionarios mexicanos como agentes del gobierno soviético (p. 122), a lo largo de una trama donde los nexos ruso-germanos se materializaron en la colaboración que dieron agentes de Hitler a la logística que hizo posible el asesinato de León Trotsky.

¿Qué tan verosímil resulta el conjunto de la información que presenta este libro? ¿Alcanzaron las redes de espionaje nazi las dimensiones descritas, o es posible inferir exageraciones o sobreestimaciones en las fuentes consultadas? En todo caso, de ser cierta la magnitud de la presencia nazi, ¿cómo, quiénes y cuándo desarticularon estas operaciones? El libro no explica estos asuntos, sólo indica que, a partir de 1942, “el gobierno norteamericano utilizó toda su fuerza para sacar la quintacolumna nazi de nuestro país”. Como producto de esta presión, se habría desarmado la red de agentes alemanes y “poco a poco los militares, empresarios y políticos que tenían simpatías por los nazis las ocultaron y comenzaron a colaborar con los aliados” (p. 41). ¿Es posible pensar que la presión estadounidense doblegó una maraña tan compleja de intereses alemanes en México? Y de ser cierto, ¿cómo explicar que los mexicanos involucrados en esta red de espionaje y de negocios mudaran de bando por la sola presión norteamericana, convirtiéndose en fieles aliados de Estados Unidos? El libro evidencia la magnitud de las redes nazis en México, pero estas redes se comenzaron a tejer mucho antes del estallido de la Segunda Guerra, y además estuvieron bajo estrecha vigilancia de los servicios de inteligencia de México. El autor subestima las tareas de estos servicios, cuyos trabajos pueden rastrearse en los millares de fojas de la Dirección de Investigaciones Políticas y Sociales que resguarda el Archivo General de la Nación en México.

Reconstruir una historia no es hilvanar una serie de hallazgos documentales, sino un esfuerzo por articular esas novedades en un universo mayor, a los fines de ponderar la naturaleza, el sentido y la verosimilitud de los hallazgos. Ese universo mayor se despliega tanto sobre otras fuentes de información asequibles, como fundamentalmente sobre un conocimiento profundo de los procesos y las coyunturas históricas en que se generó toda la documentación consultada. La información que presenta Cedillo es impresionante, pero merecería ser cotejada y analizada con mayor rigor. El libro ha contemplado muy poco de lo ya estudiado sobre estos asuntos; llama la atención que en la bibliografía citada no se encuentre la investigación pionera de Friedrich Katz, así como otros trabajos clásicos que, al igual que el de Katz, se fundan sobre bases documentales alemanas, tales como los de Hugo Fernández Artucio, Louis de Jong,

Klaus Kannapin o el más reciente de Max Paul Friedman. De haber consultado esas investigaciones, Cedillo habría advertido que sus descubrimientos, de por sí meritorios, se integran en un horizonte de alcance continental y mundial. Pero también habría podido contrapuntar las informaciones generadas por el espionaje alemán con las que encontró en los archivos norteamericanos. Una parte de estos descubrimientos confirman hipótesis ya transitadas por distintos historiadores, mientras que otra parte, y esto es lo verdaderamente trascendente, amplían informaciones que merecerían una crítica acuciosa, atenta a reconstruir una historia que merece ser contada.

Pablo Yankelevich

Instituto Nacional de Antropología e Historia

ELISA SERVÍN, LETICIA REINA, and JOHN TUTINO (eds.): *Cycles of Conflict, Centuries of Change: Crisis, Reform and Revolution in Mexico*. Durham and London: Duke University Press, 2007.

This ambitious book began at a seminar in Mexico City in 1999 and culminated at a public conference in Washington, D.C., in 2000. Its eleven essays address the following question: if both the 1810 Independence wars and the 1910 Revolution had been preceded by periods of state-led reform, economic growth, and increasing disparities between rich and poor, could the strange parallelism that has marked modern Mexican history be repeated yet again in 2010? As the editors suggest in the introduction, at the heart of this question lies the relationship between community politics and nation-state formation and transformation.

There are key differences in how the authors treat this question. Francois-Xavier Guerra's essay, the only one to remain unrevised because of his unfortunate passing in 2002, advances an argument familiar to those who know his work: the attempt to make two incompatible kinds of sovereignty, that of the nation and that of the *pueblos*, compatible with each other was at the center of 19th-century conflict, not only in Mexico, but throughout Hispanic America. What he calls the "precocious adoption" (p. 134) of political modernity caused deep problems between states and communities, because *pueblos* were not ready to let go of tradition. Eric Van Young makes an analogous argument about the differences between the views held by villagers and by elites at a broader societal level, suggesting that ideas of crisis in the late 18th century were filtered through a localized world view. At the same time, by rejecting the notion that villagers were apolitical, he refuses the binary between corporate deference and modern politics.